



Miguel

Delibes El príncipe destronado

Prólogo de Berna González Harbour



DESTINO Clásicos

El príncipe destronado

Miguel
Delibes

Prólogo
de Berna González Harbour

Ediciones Destino
Colección Destino Clásicos
Volumen 23

© Herederos de Miguel Delibes, 2010

© Editorial Planeta, S. A. (2020)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

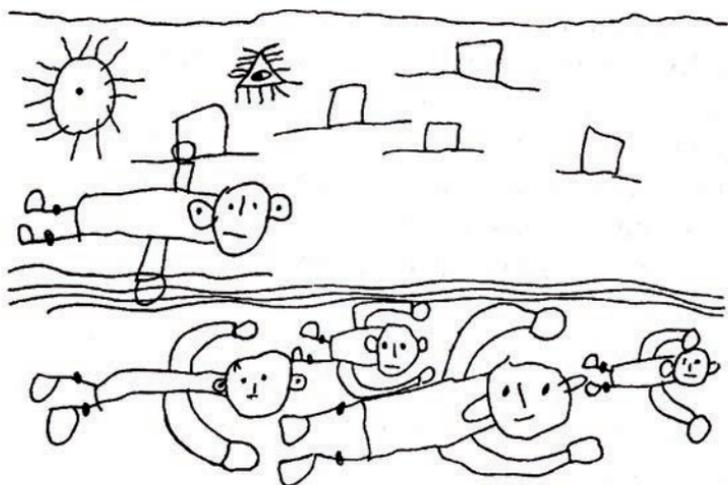
© del prólogo: Berna González Harbour, 2020

Primera edición en Ediciones Destino: noviembre de 1973
Primera edición en este formato: enero de 2020

ISBN: 978-84-233-5681-2
Depósito legal: B. 26.455-2019
Impreso por Artes Gráficas Huertas
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Las diez

Entreabrió los ojos y, al instante, percibió el resplandor que se filtraba por la rendija del cuarterón mal ajustado de la ventana. Contra la luz se dibujaba la lámpara de sube y baja, de amplias alas —el Ángel de la Guarda—, la butaca tapizada de plástico rameado y las escalerillas metálicas de la librería de sus hermanos mayores. La luz, al resbalar sobre los lomos de los libros, arrancaba vivos destellos rojos, azules, verdes y amarillos. Era un hermoso muestrario y en vacaciones, cuando se despertaba a la misma hora de sus hermanos, Pablo le decía: «Mira, Quico, el Arco Iris». Y él respondía, encandilado: «Sí, el Arco Iris; es bonito, ¿verdad?».

A sus oídos llegaba ahora el zumbido de la aspiradora sacando lustre a las habitaciones entari-

madas, y el piar desafortado de un gorrión desde el poyete de la ventana. Giró la cabeza rubia sin levantar la nuca de la almohada y, en la penumbra, divisó la cama, ordenadamente vacía, de Pablo y, a la izquierda, el lecho vacío, las ropas revueltas, el pijama hecho un gurrño, al pie, de su hermano Marcos, el segundo. «No es domingo», se dijo con tenue voz adormilada, y estiró los brazos y entreabrió los dedos de la mano contra el haz de luz y los contrajo y los estiró varias veces y sonrió y canturreó maquinalmente: «Están riquitas por dentro, están bonitas por fuera». De repente, cesó el ruido de la aspiradora allá lejos y, de repente, se impacientó y voceó:

—¡Ya me he despertaaaaa!

Su vocecita se trascoló por los resquicios de la puerta, recorrió el largo pasillo, dobló a la izquierda, se adentró por la puerta entreabierta de la cocina y Mamá, que enchufaba la lavadora en ese instante, enderezó la cabeza y dijo:

—Me parece que llama el niño.

La Vítora entró en la habitación en penumbra como un torbellino y abrió los cuarterones de las ventanas.

—A ver quién es —dijo— ese niño que chilla de esa manera.

Pero Quico se había cubierto cabeza y todo con las sábanas y aguardaba acurrucado, sonriente, la sorpresa de la Vítora. Y la Vítora dijo mirando a la cuna:

—Pues el niño no está, ¿quién lo habrá robado?

Y él aguardó a que diera varias vueltas por la habitación y a que dijera varias veces: «Dios, Dios, ¿dónde estará ese crío?», para descubrirse, y entonces la Vítora se vino a él, como asombrada, y le dijo:

—Malo, ¿dónde estabas?

Y le besaba a lo loco y él sonreía vivamente, más con los ojos que con los labios, y dijo:

—Vito, ¿quién te creías que me había robado?

—El hombre del saco —respondió ella.

Y echó las ropas hacia atrás y tanteó las sábanas y exclamó:

—¿Es posible?, ¿no te has meado en la cama?

—No, Vito.

—Pero nada, nada.

El niño se pasó las manos, una detrás de la otra, por el pijama:

—Toca —dijo—. Ni gota.

Ella le envolvió en la bata, de forma que sólo asomaban por debajo los pies descalzos, y le tomó en brazos.

—Espera, Vito —dijo el niño—. Déjame coger eso.

—¿Cuál?

—Eso.

Alargó la pequeña mano hasta la estantería de los libros y cogió un tubo estrujado de pasta dentífrica y accionó torpemente el tapón rojo a rosca y

dijo, mostrando los dos paletos en un atisbo de sonrisa:

—Es un camión.

La Vítora entró en la cocina con él a cuestas.

—Señora —dijo—, el Quico ya es un mozo; no se ha meado la cama.

—¿Es verdad eso? —dijo Mamá.

Quico sonreía, el largo flequillo rubio medio cubriéndole los ojos, erguido y desafiante, se desembarazó con desmanotados movimientos de la bata que le envolvía y dijo tras pasarse insistentemente las manos por el pijama:

—Toca; ni gota.

La Vítora lo sentó en la silla blanca y abrió el grifo del baño blanco y la lavadora mecánica zumbaba a su lado y el niño, mientras el agua caía, enroscaba y desenroscaba el tapón rojo del tubo con atención concentrada, mientras intuía los suaves movimientos de la bata de flores rosas y verdes, y, de pronto, la bata se aproximó hasta él y sintió un beso húmedo, aplastado, en las mejillas y oyó la voz de Mamá:

—¿Qué tienes ahí? ¿Qué porquería es ésa?

Quico levantó de golpe la cabeza.

—No es porquería —dijo—. Es un camión.

La Vítora lo izó en el aire mientras Mamá le desprendía de los pantalones y, al contacto con el agua, el niño encogió los dedos del pie y le dijo la Vítora:

—¿Quema?

Y él:

—Sí, quema, Vito.

La misma Vítora, con el codo, soltó el grifo frío y, al cabo, lo dejó en la bañera y él se miró desnudo y rió al divisar el diminuto apéndice.

—Mira, el pito —dijo.

—Ahí no se toca, ¿oyes?

—El pito santo —añadió el niño sin soltar el tubo del dentífrico de la mano izquierda.

—¿Qué tonterías dice ese niño? —dijo Mamá.

Quico deslizaba el tubo sobre la superficie del agua y hacía «booon-booooo», y dijo:

—Es un barco.

Dijo la Vítora:

—¡Qué sé yo! Ahora le ha dado por eso, ya ve.

—Alguien se lo enseñará —dijo Mamá reticente, mientras ponía en la lavadora el pijama del pequeño.

La Vítora se sofocó toda:

—Ande, lo que es una... Digo yo que será al rezar. La criatura oye lo del Espíritu Santo y ya ve, ni distingue.

Colocó al niño de pie y le enjabonó las piernas y el trasero. Luego le dijo:

—Siéntate. Si no lloras al lavarte la cara, te bajo conmigo a por la leche donde el señor Avelino.

El niño apretó fuertemente los labios y los párpados, en tanto la Vítora le restregaba la cara con la esponja. Resistió varios segundos sin respirar y, al cabo, chilló:

—¡Ya basta, Vito!

La Vítora tomó al niño por las axilas, lo envol-

vió en una gran toalla fresca y pasó con él a la cocina y, entonces, la Loren, la de doña Paulina, la divisó desde el descansillo del montacargas a través de la puerta encristalada y le hizo señas y le gritó:

—¡Quico, dormilón! ¿Ahora te levantas?

La Vítora le frotaba con la toalla y le dijo por lo bajo: «Dila, buenos días, Loren». Y el niño, bajo la toalla fresca, voceó:

—Buenos días, Loren.

Y dijo la Loren:

—Buenos días, hijo. ¿Sabes que se murió el gato? ¡Mira!

Levantó en el aire un pingajo negro y el niño lo distinguió, como preso, a través del enrejado del montacargas y dijo:

—¿Por qué se ha muerto, Loren?

La Loren le respondía con una voz aguda y chillona que franqueaba los cristales como un rayo de sol:

—¿Sabes tú por qué pasan esas cosas? Le llegó su hora y nada más.

El niño no soltaba el tubo de la mano. Dijo a la Vítora a media voz:

—¿Qué dice la Loren?

La Vítora no le hizo caso. Le dijo a la Loren:

—Buena estará tu señora.

—Calcula.

La Loren arrojó el cadáver del gato al cubo de desperdicios.

—¿No le entierras, Loren? —chilló Quico.

—¿También quieres que enterremos esa basura?

—Claro —dijo el niño.

Mamá entraba y salía de la cocina. El niño estiró el bracito con el tubo de dentífrico en la mano y se lamentó:

—¿Ves? Me se ha mojado el cañón. Sécamele.

La Vítora le pasó la toalla dos veces. Le dijo:

—¿No era un camión?

—No —dijo Quico, destapándolo y mostrando la boca del tubo—, es un cañón, ¿no lo ves?

—¿Y para qué demontres quieres tú un cañón?

—Para ir a la guerra de Papá —dijo.

Tosió, al concluir, y la bata de flores rojas y verdes dijo:

—Este niño se ha constipado.

Salió después y el vuelo de la bata de flores rojas y verdes dejó flotando en el aire como una estrella confortadora. La Vítora le dijo al niño, mientras le ponía la elástica:

—Si toses, llamamos al Longinos.

—¡No!

—¿No quieres que venga el Longinos?

—¡No!

—Pues a mí me pinchó una vez y no me hizo daño, ve ahí.

Le embutió en una blusita azulona y le puso encima un jersey rojo vivo. Después le puso un pantalón de pana blanda. Quico frunció levemente el ceño y permanecía inmóvil, como pensativo. Dijo finalmente:

—Yo no quiero que venga Longinos.

—Pues no tosas.

Quico protestó:

—Yo no sé cuándo toso.

La Vítora concluyó de vestirlo y lo dejó en el suelo, dobló la toalla fresca y la depositó sobre el respaldo de la silla blanca, pasó al baño y tiró del tapón para que desaguara. Miró al niño, desamparado, y le dijo:

—El Longinos es bueno. Viene cuando estás malo y te pincha para que te pongas bueno.

Hablaba alto para dominar el zumbido de la lavadora eléctrica. El niño levantó la cabeza para ampliar las perspectivas de los bajos de la bata listada de azul de la Vítora.

—¿Y dónde te pincha, Vito? —dijo—. ¿En el culo?

—Anda, a ver. Pero no digas eso; es pecado.

—¿Culo es pecado?

—Eso; y si lo dices te llevan los demonios al infierno.

El niño enroscaba y desenroscaba maquinalmente el tubo estrujado de dentífrico. Sus ojos azules parecían ausentes. Dijo:

—Juan dice que los demonios tienen alas, Vito. ¿Es verdad que los demonios tienen alas?

—A ver.

—¿Como los ángeles?

—A ver.

—¿Y se llevarán al Moro al infierno?

La Vítora lo consideró con una suerte de lejana compasión. Dijo como para sí: «Qué cosas tiene esta criatura». Y alzó la voz para decirle:

—Los gatos no van al cielo ni al infierno, para que lo sepas.

—Pero si es negro —dijo el niño, obstinadamente.

—Aunque sea negro. Los gatos van a la basura y sanseacabó.

Quico se arrodilló de improviso en las baldosas rojas, incrustadas de pequeños baldosines blancos, y arrastró un trecho el tubo de dentífrico haciendo «buuuuuuum» y, de vez en cuando, «piii-piii», hasta que el tubo tropezó con un botón negro y, entonces, el niño abandonó aquél en el suelo, tomó el botón, lo examinó detenidamente por los dos lados, sonrió y se dijo: «Un disco; es un disco». Y, torpemente, lo introdujo en el bolso de su pantaloncillo de pana; tomó después el tubo de dentífrico y lo guardó también. De repente se puso en pie y agarró el vuelo de la bata listada de azul:

—Vamos a por la leche, Vito.

—Aguarda.

—Dijiste que si no lloraba, me bajas.

—¡Huy, madre, qué chico este!

Atravesó el breve pasillo que la separaba del cuarto de plancha y regresó con un abrigo a cuadros y una bufanda y una caperuza rojos y se los colocó al niño rápidamente, sin que la notoria gafeidad de sus manos dificultase sus movimientos.

—Anda, vamos —dijo.

—¿En zapatillas? —advirtió el niño.

Ella tomó la cesta:

—Mira, como vamos tan lejos.

El niño bajaba la escalera primero con el pie izquierdo y, seguidamente, juntaba el izquierdo con el derecho en el mismo escalón, pero lo hacía rápido, casi automáticamente, a fin de no retrasar el apresurado descenso de la Vítora. La tienda estaba tres casas más allá y el niño, de la mano de la chica, recorrió la distancia, restregando su dedo anular por la línea de edificios. En la tienda olía a chocolate, a jabón y a la tierra de las patatas. Avelino distribuía el género en rejillas de aluminio y Quico recorrió con los ojos los casilleros coloreados con alcachofas, zanahorias, cebollas, patatas, lechugas y, por encima, los paquetes sugestivos de chocolates, galletas, cubanitos, macarrones y, más arriba aún, las botellas de vino negro y las de vino rojo y las de vino blanco y, a mano derecha, los tarros con los caramelos. El señor Avelino divisó su caperuza roja por encima del mostrador:

—Mucho has madrugado tú hoy, ¿eh, Quico?

—Sí —dijo el niño.

La señora Delia salió de la rebotica y, al verlo, dijo:

—¿Qué dice el mozo? Mucho has madrugado.

Pero Quico, encucillado, se metía entre las piernas de la parroquia, y bajo el mostrador, y bajo los tarros de caramelos, y no oía a nadie. Absorto buscaba las chapas de las botellas de Coca-Cola y

de Pepsi-Cola y de Kas y las iba guardando en el bolsillo del pantalón, junto al botón negro y el tubo de dentífrico, y la Vítora le dijo al señor Avelino:

—¿Dónde anda el Santines?

El señor Avelino echó una mirada fugaz al reloj enmarcado de azul pálido. Dijo:

—No creo que tarde, ya hace rato que salió.

La Vítora se impacientó:

—Tengo mucha tela que cortar; déme la leche y luego el Santines que me suba esto. —Le tendió un papel al señor Avelino.

En el extremo del mostrador, una muchachita con abrigo marrón levantó una vocecita destemplada:

—¡Qué frescura! —dijo—. Todas tenemos tela que cortar, señor Avelino. Y llevo aquí de plantón más de un cuarto de hora, para que se entere. Y si cada una que llega se salta la vez...

La Vítora se volvió a ella, desencajada:

—¿Y para qué quieres la boca, hija?

Quico apareció por entre las piernas de la parroquia, mirando atemorizado a la Vítora que voceaba. El señor Avelino dijo:

—Calma, hay para todas. —Guiñó un ojo a la Vítora—: Cómo se nota que te han dejado viudita, ¿eh?

La Vítora sonrió tristemente.

—Mañana —dijo—. No me lo recuerde, señor Avelino, no sea usted malo.

El Quico ya estaba junto a ella. Dijo tomando la mano de la Vítora y bajando la voz:

—Es malo el señor Avelino, ¿verdad, Vito?

—¡Calla tú la boca!

El señor Avelino se dirigió a los tarros de caramelos y le alargó uno a Quico:

—Toma, pequeño, un chupa-chups.

La Vítora llevaba en la cesta las botellas de leche y le dijo al señor Avelino desde la puerta:

—A ver si aviva el Santines.

—Descuida.

Quico miraba ahora el redondo caramelo amarillo y lo hacía girar y girar por el palito incrustado, y cuando le tomaron por la barbilla y le obligaron a levantar la cabeza experimentó una viva irritación contra el mundo. La Señora le sonreía desde su altura, entre las pieles, dulcemente, estúpidamente, y, al cabo, le dijo a la Vito:

—¿No es ésta, por casualidad, la nena del señor Infante, el de Tapiosa?

—Sí, señorita, pero es nene.

La Señora acentuó su sonrisa:

—Claro —dijo—, a esta edad. Le ve una tan rubio y con esos ojos...

Quico se había puesto serio, casi furioso:

—Soy un machote —dijo.

Ella rió, ya en alta voz, divertida:

—¿Así que eres un machote? —preguntó.

A Quico le dolía la nuca y la estatura de ella y su condescendencia, y experimentó uno de sus súbitos arrebatos. Chilló:

—¡Mierda, cagao, culo...!

La sonrisa de la Señora se cerró instantáneamente, mecánicamente, como un esfínter.

Le regañó:

—Eso está muy feo. Los niños buenos no dicen esas cosas.

La Vítora se puso seria y lo zarandeó:

—No le haga usted caso —le dijo a la Señora—. Desde que ha venido la hermanita tiene unos prontos que qué sé yo.

Dijo el abrigo de pieles:

—¿Qué número hace?

—¿Éste? El quinto. Y dicen que no hay quinto malo, ya ve.

Luego, en el montacargas, la Vítora rezongaba:

—Se lo voy a decir a tu mamá, para que lo sepas. ¿Tú crees que son ésas maneras de contestar a una señora? La Vito es demasiado de buena, pero un día se va a cansar y no te va a querer.

El niño tenía ahora, al mirarla, los ojos lánguidos, como con mucho blanco por debajo de las pupilas.

—¿Es pecado, Vito? —dijo.

—¿Pecado? ¡Y de los gordos! Si te agarran ahora los demonios no paran hasta dejarte en los infiernos.

Al apearse en el descansillo del montacargas, Quico tenía una expresión sombría. De reojo miró al otro lado de la rejilla y divisó la madeja desmayada del Moro negreando lastimosamente entre las basuras. La Vítora dio dos golpes en el cristal. Le dijo:

—Mira, ya está tu mamá bañando a la Cristina.

Él entró sonriente, triunfal, levantando el chupa-chups por encima de su cabeza. Reparó, de pronto, en el vientre abombado, liso, de su hermana y dijo:

—Cris no tiene pito, ¿verdad, mamá?

—No —respondió Mamá evasivamente.

—¿Y tú? ¿Tienes tú pito, mamá?

—Tampoco; eso sólo lo tienen los niños.

A Quico se le redondearon los ojos azules y exclamó:

—Entonces, papá ¿tampoco tiene pito?

Las once

—Mira, Juan, un avión —dijo Quico.

Giraba sobre sí mismo sosteniendo el tubo de dentífrico entre dos dedos e imitando con la boca el zumbido de un motor y, al cabo de un rato, cesó de dar vueltas, arrastró el tubo por el fogón rojo de sintasol durante un trecho y lo detuvo.

—Mira, Juan —dijo—, ha aterrizado.

La Vítora examinó un momento a Juan, levemente descolorido, sus ojos concentrados, profundos y negros ribeteados de ojeras:

—Ha adelgazado este chico —dijo—. Se le conoce.

Voceó Quico:

—¡Mira, Juan, ha aterrizado!

Mamá envolvió a la niña en la toalla fresca y dijo:

—Mañana irá al colegio. Ayer ya no tuvo fiebre.

Quico tomó el tubo y giró de nuevo sobre sí remedando el zumbido de un motor.

—Mira, Juan —dijo—; ¡qué alto vuela!

—Déjame —dijo Juan.

Los ojos negros de Juan recorrían ávidamente los carteles de la historieta y sus labios se movían imperceptiblemente: «Nuestro héroe recibe un golpe en la nuca al entrar en una de las celdas y cae de bruces al suelo». Quico guardó el tubo de dentífrico en el bolso del pantalón y se aproximó reverentemente a su hermano:

—¿Es bonito? —dijo.

—Sí —respondió Juan, maquinalmente.

Quico estiró un dedo y lo fue arrimando poco a poco hasta tocar el papel:

—¿Quién es ése? —preguntó.

—El Cosaco Verde —respondió Juan.

—¿Es malo?

—No; es bueno.

—¿Y ése?

—Ése es Tang; ése sí que es malo. Es el jefe de los piratas.

Quico extrajo del bolsillo el tubo de dentífrico, lo destapó y dijo:

—Le voy a matar con mi cañón.

—Quita —dijo Juan sin alzar los ojos del tebeo, apartando a Quico ásperamente con la pierna.

—¿Por qué no quieres que lo mate con mi cañón, si es malo?

Juan no le oía. Leía ávidamente: «Si intentas alguna traición dispararé contra ti. ¡Haz que tus hombres arrojen las armas!».

La Vítora vertía la leche en una cazuela y, al hacerlo, derramó unas gotas en la superficie de sintasol. Depositó la cazuela sobre el hornillo y suspiró hondo.

Dijo Mamá:

—Y de Seve, ¿no se sabe nada?

—Digo yo que su madre seguirá igual, cuando no viene —respondió la Vítora, y suspiró más hondo aún.

—Ya —dijo Mamá.

—Mañana, ya ve. Para el caso...

Quico se encaramó en la butaquita de mimbre y, con el dedo, extendió sobre el sintasol las blancas gotas de leche. Ladeaba la cabeza como buscando una perspectiva y, una vez que consiguió una madeja inextricable, voceó gozosamente:

—¡Vito, Juan, San Sebas!

Juan arrojó el tebeo al suelo y se acercó a él desganado. Miró el jeroglífico, frunciendo el ceño y dijo despectivamente:

—¿Es la playa eso?

Quico había enrojecido de entusiasmo al tiempo que exclamó:

—¡Mira, unos señores que van nadando y otro señor que toma el sol y...!

Juan encogió los hombros y de su rostro irradió un profundo desencanto.

—No se parece nada —dijo.

La Vítora se dirigía ahora a Mamá:

—Cinco de cada ciento van al África y le va a tocar a él. ¿Qué le parece?

—Mujer —dijo Mamá—. Alguno había de ir.

—¡Concho!, eso digo yo, pero ¿por qué todo lo malo tiene que tocarla a una? ¿No hay más gente en el mundo?

—¿Y el de la Paqui?

—¿Quién, el Abelardo? ¡Huy, madre! Ése ha nacido de pie, como yo digo. Yo no sé cómo se las arregla esa chica que todo le sale a derechas. El sábado va y la toca el cupón y, el lunes, sortean y el novio aquí, ¿qué la parece?

La niña palmoteaba y decía:

—Atata, atata.

Quico se llegó a ella, le tomó las manos y la hizo palmotear con más fuerza y la niña reía a carcajadas y el niño rompió a reír también y la niña volvió a decir:

—Atata.

Quico tiró de la bata de flores rojas y verdes:

—¡Dice patata! ¡Mamá, Cris ha dicho patata!

Y Mamá decía:

—... y, después de todo, eso no es ninguna desgracia.

La Vítora se enfurruñó:

—Según se mire. La Paqui, ya ve, me sale aho-

ra con que lo mismo el Femio se lía allá con una negra.

—Tonterías —dijo Mamá.

—A saber. Y el Abelardo lo mismo, que tal como están ahora los negros, cualquier cosa.

Quico volvió a tirar de la bata de flores rojas y verdes:

—Mamá, Cris ha dicho patata.

Mamá lo apartó sin miramientos:

—Hijo, por Dios, déjame, qué pesado, me tienes aburrida.

La Vítora echó leche en un tazón y el resto de la cazuela lo distribuyó entre dos platos, abrió un bote con la efigie de un bebé sonriente y sirvió en cada plato una gran cucharada con copete de polvos amarillos.

—Hala, a desayunar —dijo revolviendo, alternativamente, los dos platos.

Sentó a Quico en una silla blanca, arrimó otra a la mesa para Juan y ella acomodó a la niña en su regazo. La niña ingería la papilla sin rechistar y, a cada cucharada, se le formaba en torno a los húmedos labios un ribete amarillento. Juan colocó *El Capitán Trueno* ante sus ojos, utilizando el azucarero por atril, y, al tiempo que migaba un bollo en el Colacao, devoraba la historieta: «Pagaréis cara vuestra osadía». «¡Aaaag!» «Adelante, compañeros, que ya son nuestros.» «¡Toma, canalla; ahora te toca a ti!» En tanto, Quico golpeaba rítmicamente el mármol blanco con la cuchara y la Vítora le dijo:

—Vamos, Quico, come. ¡Ay, qué criatura, madre!

Quico introdujo torpemente la cuchara en la papilla y la revolvió y los surcos se marcaron profundos en el plato. Miró y tornó a revolver.

—Te se va a quedar fría, come.

Quico canturreó: «Están riquitas por dentro; están bonitas por fuera». La niña concluía ya su desayuno y la Vítora se alborotó toda:

—¡Mira que llamo a tu mamá, Quico!

Quico se llevó desganadamente a la boca una cucharada de papilla y la paladeó con repugnancia:

—¡Qué asco! —dijo.

Juan leyó con los ojos abiertos como platos: «Pero basta ya de charla; ¡vas a morir!». La Vítora dejó a la niña en el suelo y quitó la cucharilla de la mano de Quico:

—Trae acá; pareces un niño pequeño.

—¡No soy un niño pequeño!

—Sí, un pequeñajo; eso eres tú.

—¡No soy un pequeñajo!

—¡Pues come! Así te harás grande como tu papá, que si no...

Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó. Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó. Quico abrió la boca, cerró los ojos y tragó; parecía un pavo:

—Ya no más, Vito —dijo con los ojos anegados, implorante.

La Vítora le pasó dos veces el babero por los la-

bios, cogió el plato con los restos de la papilla, arrojó éstos al cubo de la basura y, luego, tomó cuidadosamente unas mondas de patatas y los cubrió. Juan le dijo a Quico:

—Quita.

Dijo Quico:

—No me he hecho pis en la cama, Juan. ¿Verdad, Vito, que no me he hecho pis en la cama?

—No; ya eres un mozo.

—Atito —dijo Cris.

—¡Dice bonito! ¡La niña ha dicho bonito, Vito!

La Vítora tomó la aspiradora, el escobón, la bayeta y el recogedor y abrió la puerta:

—¡Ojo! —dijo asomando la cabeza despeinada por el hueco—. No hagáis barrabasadas.

Quico dio una vuelta completa sobre sí, gozándose en su independencia. Al cabo se dirigió a la rinconera, junto al fogón, y la abrió de un tirón. El resbalón hacía «clip» al abrirse el portillo, y «clap» al cerrarse, y Quico abrió y cerró dos docenas de veces escuchando atentamente y sonriendo. Cuando se cansó miró dentro y divisó los paños de cuadros blancos y rojos, amarillos y blancos, blancos y azules y, arriba, en el estante, los frascos y botes de abrillantadores y detergentes. Cerró, se arrodilló y abrió la pequeña portilla, bajo el fogón:

—El garaje —dijo.

Cristina, sentada bajo la mesa, cogía minúsculas migas de pan y se las llevaba a la boca. Juan, inmóvil, pasaba las hojas sin pestañear.

—¡El garaje, Juan! —voceó Quico.

—Sí —dijo Juan mecánicamente.

Arriba estaba el gigantesco termo blanco —la bomba atómica— y, a la izquierda, la cocina eléctrica y, a su lado, el fogón de sintasol rojo y, más a la izquierda, la puerta encristalada del montacargas y, junto a la puerta, la fregadera empotrada y, sobre ella, el escurrer platos y, poco más allá, la pila, que hacía esquina con el corto pasillo, donde se abrían las puertas de la despensa y el aseo de servicio, y comunicaba con el cuarto de plancha. Y el grifo frío de la pila siempre goteaba y hacía «tip» y, al cabo de diez segundos, volvía a hacer «tip», pero eso era cuando todos, niños y grandes callaban, y, alguna vez, Quico arrastraba junto a la pila su butaquita blanca de mimbre, se sentaba y jugaba a decir «tip» al mismo tiempo que la pila y cada vez que su «tip» coincidía con el «tip» del grifo frío, de modo que hiciera «tiip», él palmoteaba y reía a carcajadas y llamaba a Cris para que fuese testigo.

Frente a la puerta del montacargas estaba la mesa blanca, con el tablero de mármol blanco y un armario blanco colgado donde la Vítora guardaba el frutero con las naranjas, las manzanas y los plátanos, el azucarero, el salero y la tila y el boldo que Papá tomaba por las noches, después de cenar. Y luego, a la derecha de la puerta, que comunicaba con el resto de la casa, se alzaba la caldera de la calefacción, brillante de purpurina, y una barrita de

cristal encima llena de rayas minúsculas y de números y, atravesándola, un filamento rojo berme-llón, que se estiraba y se encogía como la tripa de Jorge.

Quico accionó el picaporte poniéndose de puntillas y salió. Andaba mirando al suelo y, de repente, se agachó, tomó una chincheta con la punta oxidada y la cabeza verde y corrió hacia su cuarto:

—¡Mamá! —chilló—. Mira lo que me he encontrado.

Mamá, aturdida por el motor de la aspiradora, recorría los rincones sin oírle. Le vio de pronto, en la puerta, en la corriente, y gritó:

—¡Vete de ahí! ¿No ves que te vas a enfriar?

Quico agitó el brazo con la chincheta verde en la punta de los dedos:

—Toma —dijo.

Mamá paró la aspiradora y se acercó a él. Tenía un cigarrillo en la mano derecha.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Mira lo que me he encontrado.

Mamá miró la chincheta herrumbrosa.

—Muy bien —dijo—. Has sido muy bueno. ¡Hala, ahora vete!

—Si no, se la traga Cris, ¿verdad, mamá? —dijo Quico sin moverse.

Mamá se llevó el pitillo a los labios y tomó de nuevo el mango de la aspiradora con las dos manos.

—Claro —dijo suavemente—. Ahora vete.

—Y se muere, ¿verdad, mamá?

—Sí, sí, claro —levantó la voz.

—Como el Moro, ¿verdad, mamá?

Mamá saltó como cuando se oprime un resorte.

Retiró el cigarrillo de la boca para chillar:

—¡Vamos! ¿Quieres marchar de una vez?

Quico penetró en la cocina con la cabeza gacha, el ceño fruncido y la niña le miró desde debajo de la mesa y dijo: «Ataatata», pero Quico no reparó en ella, cruzó hasta el retrete de servicio, se levantó dificultosamente una pernera del pantalón y lanzó un chorrillo transparente y minúsculo. Luego se llegó al cuarto de plancha, hurgó unos segundos en la estantería del rincón y sacó de una caja de hojalata el chupa-chups amarillo. Sonrió. Regresó a la cocina, quitó el papel al caramelo y le dijo a Juan:

—Anda, mira lo que tengo.

Juan, abstraído, leía: «Voy a tener el gusto de meterte un plomo entre las dos cejas, amiguito».

—¡Juan! —repitió Quico flameando el chupa-chups y haciéndolo girar sobre el palillo—. ¡Mira!

Juan levantó sus profundos ojos negros, que se iluminaron de súbito en un relámpago:

—¿De quién es? —dijo.

—Mío —dijo Quico.

—Dame un cacho.

—No.

La niña salió de debajo de la mesa como un perro que captara los vientos de una pieza y se puso

difícultosamente en pie. Sujetó a Quico del jersey y tironeó de él hacia abajo:

—Atito —dijo.

—No —dijo Quico—. Un poquito, no.

—Dame un cacho, anda —repitió Juan.

—Es mío —dijo Quico.

Juan introdujo una mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una sucia petaquilla de plástico, la abrió y le mostró el pequeño cabo de un lapicero de mina roja, un sucio pedacito de goma de borrar y dos monedas de diez céntimos.

—Te doy el lápiz si me das un cacho —dijo.

Pero Quico paladeaba ya el caramelo y, de vez en cuando, lo sacaba de la boca para desprender de él un pedacito de papel transparente. Cris, la niña, cansada de tirar de él, empezó a llorar.

—Te doy también la goma —dijo Juan.

Quico sonreía triunfalmente y, de nuevo, izó el chupa-chups como una bandera y sonrió sacando la lengua y arrebañando con ella los restos de golosina que se pegaban a sus labios:

—Es mío —dijo—. Me lo dio el de la tienda.

De pronto, Juan, cuya garganta se movía lentamente, a intervalos, como si tragase algo, se llegó a él, le quitó el chupa-chups de la mano, le propinó un mordisco y se lo devolvió. La esferita quedó truncada en unas estrías blanquecinas, como de hielo, y Quico, al verlo, se enfureció, arremetió contra su hermano a patadas, al tiempo que lloraba con rabia. La niña berreaba también, junto a él,

levantando sus rollizos bracitos hacia el caramelo y, súbitamente, la puerta se abrió y penetró como un huracán la bata de flores rojas y verdes y una voz dijo, desde lo alto de la bata:

—¿Qué escándalo es éste? ¿Puede saberse qué pasa aquí?

Cris continuaba con las manitas en alto, mientras Quico y Juan se quitaban la palabra de la boca, se acusaban mutuamente y, por fin, una mano que emergió de la bata de flores, atrapó el chupa-chups y dijo:

—Hala, para nadie; así todos contentos.

Al cerrarse la puerta hubo un silencio expectante, como una pausa, que Juan quebró, frotándose los nudillos de una mano con los de la otra y diciéndole a Quico:

—Anda, chínchate.

Súbitamente, Quico arrancó hacia el cuarto de plancha y voceó:

—¡Pues ahora me muero!

—Ta-ta-ta-ta —dijo Juan, simulando apuntarle con una metralleta mientras su hermano corría, y Cristina le miró a Juan y remedó con extraño entusiasmo:

—Ata-ata-ata.

Y luego sonrió y, al sonreír, se le formaban en la carne prieta de las mejillas unos hoyuelos como los que tenía en los codos.

Sintió detenerse el montacargas y salió de su rincón entre los dos armarios rojos y, justo en el momento que abría la puerta encristalada, Santines arrastraba el cajón con el pedido hasta el descansillo. Pero el cajón topó impensadamente con una baldosa desnivelada, coleó y atrapó dos dedos de Santines contra el enrejado. El chico se llevó instintivamente la mano dañada a la boca y dijo con rabia:

—¡Leche, me pillé!

Quico lo miraba atentamente, poniendo el mismo gesto de dolor que veía en la cara del otro, y cuando Santines se frotó los dedos lesionados contra el delantalón gris, él lo hizo también contra las blandas estrías de su pantalón de pana, aunque en forma apenas perceptible.

—Hola —dijo al cabo.

El otro preguntó:

—¿Está tu mamá en casa?

Quico asintió sin palabras. Juan le oyó desde dentro, abrió la puerta del pasillo y voceó:

—¡Mamá, el de la tienda!

Pero vino la Vítora y le dijo a Santines, malhumorada:

—Podías haber subido más tarde, espabilado. Mira la hora que es.

—No uso —respondió descaradamente el chico, mostrando su desnuda muñeca.